



HAL
open science

From Urbanism To Urbanity: A Dialogue Between Geography And Archaeology About The City.

Jérôme Monnet

► **To cite this version:**

Jérôme Monnet. From Urbanism To Urbanity: A Dialogue Between Geography And Archaeology About The City.. El urbanismo en Mesoamerica / Urbanism in Mesorameric, 1, Instituto Nacional de Antropología e Historia / The Pennsylvania State University, pp.21-42, 2003. halshs-00007110

HAL Id: halshs-00007110

<https://shs.hal.science/halshs-00007110>

Submitted on 12 Dec 2005

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Dr. Jérôme MONNET, Centro francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos *

**DEL URBANISMO A LA URBANIDAD:
UN DIALOGO ENTRE GEOGRAFIA Y ARQUEOLOGIA SOBRE LA CIUDAD ****

Introducción: la ciudad es un objeto socioespacial identificable

Este ensayo propone un acercamiento conceptual al "*objeto socioespacial identificable*" – OSEI (Monnet 2000) que es la ciudad. Esta puede considerarse como "objeto" porque postulamos que posee materialidad propia, una exterioridad en relación con el observador humano. Sólo que "objeto social" porque la ciudad es ante todo una sociedad, es decir, un grupo humano organizado que tiene conciencia colectiva propia. Hoy propongo centrar el diálogo entre geografía y arqueología en torno a los dos últimos términos de la fórmula OSEI, pues estas disciplinas abordan el objeto social urbano por intermediación de su "identidad espacial", es decir, en el espacio y gracias al espacio.

El diálogo entre arqueología y geografía

Entre todas las ciencias sociales y humanas, la geografía y la arqueología presentan la originalidad común de abordar las sociedades humanas a través de su inscripción material en el espacio. La materialidad misma de las formas espaciales que resultan de esto son de interés científico porque les da una inercia temporal mucho mayor que la de los fenómenos y los procesos sociales que están en su origen (flujos de bienes o de personas, construcciones diversas, explotación de los recursos, etc.). Estas formas tienen una estabilidad en el espaciotiempo que permite que sean estudiadas más allá del momento en que son producidas: la geografía humana puede apoderarse de ellas a las pocas horas, en tanto que la arqueología puede redescubrirlas al cabo de milenios.

Existen, claro, diferencias en la forma en que ambas disciplinas actúan, vinculadas tanto a su historia como a sus técnicas: en tanto que originalmente la arqueología trabajaba, en esencia, al nivel de la unidad de excavación y se interesaba sobre todo en los objetos muebles y en los monumentos arquitectónicos (Schnapp 1993), el geógrafo, por su parte, durante mucho tiempo dio importancia al inventario de los recursos naturales del planeta y al estudio de los estados-nación

* Jérôme MONNET es Profesor de Geografía Urbana en la Universidad de Toulouse-Le Mirail (Francia). En la actualidad es Director del CEMCA, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos del Ministerio francés de Asuntos Extranjeros, ubicado en la Ciudad de México (cemca.dir@francia.org.mx).

** La traducción del francés al castellano estuvo a cargo del CEMCA y fue realizada por Josefina Anaya. Este texto fue presentado en la Primera Reunión del Proyecto de investigación "El Urbanismo en Mesoamérica" (INAH/Pennsylvania State University), México D.F., Museo nacional de Antropología, 07-11 de octubre de 2002.

(Bailly *et alii* 1992, Claval 1995b). Pero progresivamente las dos ciencias han ido convergiendo. Asociada a la historia del arte y a la epigrafía, la arqueología se ocupa desde hace mucho del significado de los objetos y de las representaciones textuales o gráficas. De estas últimas se ocupa ahora la geografía "humanista" o "cultural" para comprender las relaciones que las sociedades establecen con su entorno (Tuan 1977, *L'Espace Géographique* n°4-1981, Bailly & Scariati 1990, Claval 1995^a, Berque 1996). Mientras que el trabajo del geógrafo gira cada vez más alrededor de la microescala del barrio, la aldea, la explotación agrícola o el hábitat doméstico (Pezeu-Massabuau 1993, Monnet 1999b), los estudios arqueológicos integran la escala "regional" y las contribuciones de las ciencias del ambiente (tal es el caso de varios proyectos franceses patrocinados por el CEMCA en México y Centroamérica: *cf.* por ejemplo Arnaud 1986, Michelet 1992, Darras 1998).

En vista de lo anterior, el proyecto de investigación "*Urbanismo en Mesoamérica*" es original en cuanto a que la arqueología recurre al auxilio conceptual y metodológico de disciplinas como la sociología, la ciencia política o la geografía humana. Así, pues, no se recurre aquí a la geografía en su papel de ciencia natural sino como ciencia de la sociedad que se ha forjado un significativo corpus sobre la cuestión urbana y el urbanismo.

¿Cómo hablar de urbanismo en Mesoamérica?

Entendemos aquí el urbanismo como un objeto y no como una disciplina: se trata de una *organización espacial resultante de un sistema concentrado en un espacio de actores sociales* (autoridades, habitantes, comerciantes, ingenieros, arquitectos, trabajadores, etc.). Propongo un análisis de geógrafo cuya finalidad sea apoyar metodológicamente el acercamiento de lo urbano por los arqueólogos. Para organizarlo, la pregunta es: "¿cómo identificar cuándo es urbano un espacio material?" Antes de empezar a responder es necesario precisar que todos los conceptos y todos los objetos que mencionamos son históricos y culturales, esto es, que las realidades que los conceptos designan cambian con el tiempo y según los sistemas de valores de las distintas sociedades. Espacio, territorio, sociedad, poder, ciudad: son conceptos y realidades cambiantes, entre muchos otros. El reto científico consiste precisamente en establecer metódicamente la pertinencia de los conceptos utilizados aquí y ahora para dar cuenta de objetos lejanos en el tiempo o el espacio. Cuando decimos "urbanismo en Mesoamérica", estamos postulando que podemos designar correctamente, de esta forma, un objeto específico: la ciudad en este espaciotiempo particular. El principal objetivo de mi contribución es detallar las bases de este proceso de identificación.

Calificar a la ciudad como OSEI invita a enfocar la atención en dos dimensiones, una espacial y otra social. En cierto sentido, esto se basa en el dualismo moderno entre sujeto y objeto (Toulmin 1990, Staszak 1997): lo espacial representaría lo "objetivo", puesto que es exterior a nosotros; y a la inversa, lo social representaría lo "subjetivo", lo que no puede exteriorizarse porque forma parte de nosotros y nosotros formamos parte de ello. Se ha demostrado (Berque 1990, 1996) que esta visión dual es demasiado reductiva e inoperante para dar cuenta de la totalidad de la realidad; disociar sus dimensiones objetivas y subjetivas, o espaciales y sociales, resulta artificial. No puede haber sujeto sin conciencia de los objetos que le son externos, tal como no puede haber objetos sin sujeto que los reconozca: la ciudad existe porque hay sujetos que la conciben como objeto social y espacial.

Partimos, pues, de una perspectiva contemporánea que no reduce a la ciudad a sus dimensiones espaciales ni sociales sino que reconoce su realidad como "trayectiva" (Berque 1990), esto es, como un ir y venir entre lo objetivo y lo subjetivo, lo material y lo ideal.

MONNET, Jérôme: "Del urbanismo a la urbanidad: un diálogo entre geografía y arqueología sobre la ciudad". Publicado en: SANDERS, W.T., MASTACHE, A.G. & COBEAN, R.H. (eds.), *El urbanismo en Mesoamérica / Urbanism in Mesoramérica*, vol.1. México D.F.: Instituto Nacional de Antropología e Historia / The Pennsylvania State University, p.21-42.

En la primera parte aislaremos los rasgos materiales objetivos que nos permitan identificar una ciudad en el espacio. En la segunda volveremos sobre esos mismos rasgos para reflexionar en torno a las realidades sociales que puedan representar. Propongo, pues, ir del urbanismo, la forma material de la ciudad, a la urbanidad, que sintetiza la relación que los seres humanos sostienen con el entorno urbano.

La ciudad como OSEI, una realidad "trayectiva": objetiva y subjetiva, social y espacial

<i>I. Urbanismo: estudio del objeto espacial material</i>	<i>II. Urbanidad: estudio de la realidad socioespacial</i>
I.1 Discontinuidad espacial: ruptura en la organización del espacio	II.1 Representación social de la discontinuidad
I.2 Relatividad: un espacio se identifica siempre en relación con otro; hay siempre relación con otros I.3 Densidad: principal discontinuidad material I.4 Estructura de disposición de los artefactos inmobiliarios: otra discontinuidad	II.2 Relaciones, especializaciones y vida común
I.5 Funcionalidad I.6 Jerarquías	II.3 Centralidad

I. EL URBANISMO: ENFOQUE MATERIALISTA

Partiremos aquí del resultado de una acción humana en el espacio que creó una forma material cuya inercia temporal es suficiente para que la observemos varios siglos después de la acción. Propongo una tabla de análisis que aísla seis variables y permite identificar la ciudad como "objeto espacial", en el entendido de que este objeto espacial no es más que un artefacto científico para facilitar el análisis, al que restituiremos su dimensión social en la segunda parte. Las seis variables espaciales propuestas son: 1) la discontinuidad, 2) la relatividad, 3) la densidad, 4) la estructura, 5) la funcionalidad, 6) la jerarquía. El proceso es progresivo o acumulativo, debido a que las variables no tienen la misma naturaleza conceptual: partimos de una geometría descriptiva para desembocar en una geografía humana.

I.1 La discontinuidad

Esta variable es esencial en todo proceso cognoscitivo: podemos concebir objetos distintos de otros porque hay cambio y diferencia (Houdé *et alii* 1998). Por este motivo, la tarea científica otorga un lugar preponderante a la identificación de rupturas y de límites. Hoy por hoy, para nosotros, la ciudad es ante todo un cambio en la organización del espacio. Para poder hablar de ciudad y de urbanismo es necesario que aparezca un espacio que se distinga de otros. Esta diferenciación es, para empezar, lo que yo llamo, en la tradición de los geógrafos, la discontinuidad espacial. El espacio geográfico no es isonómico ni anómico, no es homogéneo ni continuo, más

bien está marcado por cambios y rupturas de toda clase. Entre muchas otras discontinuidades, y en interacción con ellas, la ciudad y el urbanismo diferencian espacios particulares en el seno de otros espacios. Identificar una ciudad, es reconocer características particulares que aparecen en un sitio pero no en otro, que existen en un momento pero no en otro. La discontinuidad espacial es, pues, también y siempre, una discontinuidad cronológica.

A esto se debe que el debate geográfico se haya centrado siempre, en parte, en el problema de los límites de la ciudad: identificarlos y analizarlos es una forma de reflexionar en la naturaleza y la lógica del espacio urbano (Brunet *et alii* 1992). Sin duda, es también la razón de que los arqueólogos den tanta importancia a los monumentos más notables: si los "notamos" es porque introducen rupturas notorias en el espacio circundante, por su volumen, su altura, su estructura y sus materiales. La atención se centra en su aparición en un espaciotiempo determinado, en contraste con las épocas que los precedieron y las que les siguen y con los espacios circundantes en los que no aparecen.

Establecer científicamente la discontinuidad espacial es una labor permanente en que las interrelaciones son importantes. Por ejemplo, para levantar el censo de la población de una ciudad en un momento dado es necesario establecer con exactitud el límite a partir del cual se incluirá o excluirá a los habitantes. Como las fuentes no utilizan los mismos criterios para delimitar su objeto, se da el caso de resultados que no concuerden. Según administradores y políticos, la Ciudad de México tenía ocho millones de habitantes en 2000, ya que el criterio que utilizan es el límite administrativo del Distrito Federal, que introduce un cierto tipo de discontinuidad en el espacio. Pero geógrafos, demógrafos y economistas calculan 20 millones, pues para ellos el criterio válido es la aglomeración funcional de habitantes, actividades y flujos que se extiende indiferentemente en varias entidades político-administrativas. Esta problemática reaparece al evaluar la población prehispánica de México-Tenochtitlan: ¿estamos hablando de los habitantes de un área delimitada espacialmente, o bien de los que dependen de la competencia, no necesariamente dividida en territorios, de una autoridad?

Para identificar una ciudad es, pues, necesario indicar con precisión cuáles son las discontinuidades sobre las que nos basamos: por ejemplo,

- a) existencia de un límite "administrativo" que separa a dos territorios cuyo estatus puede diferenciarse;
- b) aparición de un contraste espacial y estratigráfico en términos de densidad, estructura y función;
- c) empleo de un concepto específico para designar el objeto que identificamos como urbano; etc.

Antes de pasar a los detalles de estas discontinuidades es necesario precisar que la discontinuidad no implica aislamiento: no hay espacio con absolutamente ninguna relación con ningún otro espacio.

II.2 La relatividad

La problemática de la discontinuidad espacial supone una diferencia entre cuando menos dos espacios: el límite, sea cual fuere su naturaleza, los separa y los une a la vez. Así, todo lugar tiene relaciones con otros lugares y se inscribe en un *entorno espacial*. Como no existe un lugar que esté totalmente aislado, todo espacio se identifica en relación con otro: cuando identificamos la

discontinuidad vinculada al espacio urbano, lo hacemos en relación con un espacio no urbano. Reconocer la relatividad de todo espacio implica caracterizar las relaciones existentes entre los espacios diferenciados. Estas relaciones, que tienen una gran variedad de significados sociales de las que hablaremos en la segunda parte, pueden ser objetivadas por medio de las diferencias materiales entre los espacios.

En Europa, la oposición clásica ciudad/campo puede ejemplificarse con determinados rasgos físicos (abierto/cerrado, construido/no construido, no agrícola/agrícola, muy denso/poco denso, etc.) que nos llevarán a preguntarnos sobre las relaciones que cada dicotomía implica. Por ejemplo, la discontinuidad espacio agrícola/espacio no agrícola implica una relación en la que el primer término nutre al segundo, esto es, una comunicación y una interdependencia que se basan en la diferencia. La dicotomía ciudad/campo de tipo europeo no es universal. En los ambientes áridos (periferia del Sahara, Asia central, Aridoamérica tanto precolonial como contemporánea) puede que sea más pertinente emplear la oposición oasis/d desierto: los espacios urbanos y agrícolas, profundamente interpenetrados, se distinguen esencialmente de los espacios vacíos o "silvestres". Es posible extender la generalización a la oposición esencial que distingue un espacio de ocupación permanente de un espacio de ocupación temporal.

Un determinado espacio será identificado diversamente según su entorno, aun cuando guarde las mismas características físicas. En el espacio urbano, una vía de comunicación se inscribe generalmente en bajorrelieve, como un espacio abierto o hueco dentro de estructuras construidas y más o menos cerradas (hay contraejemplos, como las autopistas suspendidas de Los Ángeles, que crean una red tubular en la que se inscriben en bajorrelieve espacios residenciales muy abiertos, donde el límite entre esferas privada y pública es vago). Y, por el contrario, en el espacio urbano la autopista se opone a su entorno por su carácter más "construido". En este caso, lo "cerrado" del espacio circundante no es el resultado de manipulación humana sino de la ausencia de ella (por ejemplo, en la selva o en la ciénaga).

Con estos ejemplos queremos demostrar que no es posible definir un espacio absolutamente, sin referencia a otro tipo de espacios, que le dan a la vez su contexto y su especificidad. Esto complica la tarea del investigador, pues para identificar algún tipo de OSEI es necesario que proceda a una "triangulación" relativa que fundamente tanto sus diferencias como sus relaciones con otros tipos.

I.3 La densidad

La discontinuidad espacial en la densidad de un fenómeno es uno de los indicadores más fáciles de utilizar. Efectivamente, dentro de un espacio geométrico abstracto es fácil localizar, con un sistema de coordenadas espaciales, cualquier unidad: seres vivos (o muertos), árboles, campos o claros de bosque, artefactos inmuebles (paredes, pisos, vías, terrazas) o muebles (cerámica, materia lítica u orgánica). La distancia media entre estas unidades, o bien su cantidad relacionada con una superficie, arroja su densidad. Ahora bien, la experiencia demuestra que no hay densidades medias uniformes: las variaciones en la densidad crean discontinuidades espaciales.

Empero, es necesario ser precisos en las medidas; las unidades que las ciencias sociales pretenden enumerar en un espacio dado a menudo son movibles: es el caso de los seres humanos mientras no estén enterrados (la arqueología funeraria presenta ventajas en este aspecto), que obliga

a calcular densidades humanas haciendo corresponder a las personas a localidades fijas. Es así como los censos de población empleados por los geógrafos contabilizan a las personas como "habitantes", en su lugar de residencia. Pero las investigaciones han demostrado también que las personas pasan cada vez menos tiempo en su casa, y cada vez más en una variedad creciente de lugares (trabajo, escuela, comercios, servicios, espacios de entretenimiento y... medios de transporte). Por ello, un mapa de las densidades residenciales de la aglomeración de la Ciudad de México nos demuestra que el centro de negocios Reforma-Zona Rosa es poco denso y que el municipio conurbado de Ecatepec es muy denso. Sin embargo, en las horas de actividad el área Reforma-Zona Rosa está mucho más densamente ocupada que Ecatepec.

No se trata de un problema anecdótico, puesto que tiene implicaciones sociopolíticas enormes: las discontinuidades administrativas que clasifican a los ciudadanos como residentes en entidades territoriales distintas, bases del gobierno local y de la prestación de servicios sociales, plantean problemas cuando se trata de organizar el espacio en relación con su ocupación real (por ejemplo, para resolver embotellamientos). Para los arqueólogos el problema consiste en hacer corresponder las densidades inertes (cuerpos, construcciones) con densidades vivas (móviles y variables): mostrar una discontinuidad en la densidad de los edificios no prueba que el espacio urbano se detenga en esta discontinuidad. Entre los geógrafos el concepto de "rurbanización" (residir en el campo y trabajar en la ciudad) y "exurbanización" (instalación de actividades urbanas en el campo) han servido para captar los fenómenos que trascienden las dicotomías clásicas.

El ejemplo de la densidad muestra que la identificación de la ciudad no puede reducirse a la observación de cierta discontinuidad, sino que debe tomar en cuenta la relatividad del indicador y de las relaciones que los diferentes espacios en cuestión guardan entre sí. Además, la densidad remite sólo a dos formas de implantación de los fenómenos en el espacio: se trata de contar unidades como si fueran puntos (implantación puntuada) en una superficie (implantación areolaria). Ahora bien, estos "puntos" no sólo presentan variaciones de densidad que permiten definir áreas y las discontinuidades que hay entre ellas, sino que con frecuencia su implantación se organiza igualmente según una tercera modalidad, lineal, que permite percibir la estructura del espacio en ocasiones.

I.4 La estructura

Otra discontinuidad mayor que permite identificar un espacio particular tiene que ver con la variación de la estructura. Llamaré aquí "estructura" a la regularidad en la distribución espacial de un fenómeno: puntos equidistantes, líneas regulares o superficies homogéneas, incluso combinaciones repetitivas de los tres modos de implantación.

Clasificaremos las observaciones de las discontinuidades estructurales de tres formas:

a) *oposición ausencia/presencia*: en el contexto de un espacio teórico "vacío", la aparición de una estructura es ya en sí una discontinuidad; por ejemplo, en un desierto humano, un rasgo humano repetido al punto de convertirse en permanente crea una estructura (un camino, un hogar, una ciudad, etcétera);

b) *cambio de estructura*: aquí la oposición de la configuración estructural permitirá descubrir la discontinuidad; por ejemplo, en una elevación, un montículo o una excavación en un entorno plano

o, por el contrario, una superficie plana en un entorno accidentado; en un plano, la oposición entre estructuras curvilíneas y rectilíneas, o entre orientaciones cardinales diferentes;

c) *cambio de escala* (variaciones de densidad aplicadas a una estructura): cuando hay continuidad en la configuración pero discontinuidad en las dimensiones del motivo repetitivo, la densidad de la estructura cambia.

Como se ve, la caracterización estructural de un espacio es siempre relativa: la estructura es más grande o más pequeña que la de otro espacio; presenta orientación, regularidad o textura que la distinguen de las que la rodean. En el caso de espacios urbanos es frecuente que su identificación sea evidente, gracias a la combinación de varias discontinuidades estructurales cuyos límites coincidan más o menos. El sitio urbano se opone a su espacio circundante porque en él las estructuras de origen humano son más densas; se diferencia, llegado el caso, de las estructuras agrarias por la regularidad de sus vías públicas y sus manzanas; se distingue de centros menos importantes por sus construcciones, más grandes y más altas. Pero a veces las transiciones entre un espacio y otro son tan continuas que el límite exterior es menos fácil de definir que las discontinuidades internas. ¿Será éste el caso de Tenochtitlan, cuyo recinto ceremonial central se distingue notablemente del resto del espacio "urbano", mientras que el límite entre éste y el espacio agrícola circundante no es evidente? Empero, si hablamos de lo ceremonial y lo agrícola entramos en el terreno de las funciones...

1.5 La funcionalidad

Las características geométricas de los espacios pueden ser determinantes para las funciones que los individuos deseen darles, o, más bien, generalmente éstos dan a los espacios la geometría que les permite ser funcionales. Y como a los diferentes espacios se les asignan diferentes funciones, la especialización funcional es un factor fundamental de discontinuidad espacial.

Estos postulados invitan a observar las estructuras espaciales en función de su carácter abierto o cerrado, reducido o extenso, precario o sólido, etc. Como la disposición de los sitios no permite todos los usos, cabe admitir que toda disposición particular está destinada (en caso de creación) o adaptada (en caso de reutilización) a ciertos usos y funciones. La identificación de un espacio urbano descansa sobre todo en la densidad relativamente importante de estructuras funcionales específicas: multiplicación de los espacios abiertos que permiten la circulación en una aglomeración de espacios cerrados, existencia de espacios extensos que permiten la reunión de multitudes, solidez de las construcciones que apoyan la permanencia de las estructuras, etcétera.

En el estudio de Jerry Moore (1999) sobre las plazas en los sitios arqueológicos de los Andes, el autor se apoya en los conceptos de la proxémica (Hall 1966) y en estudios derivados para abordar la cuestión de las funciones de ciertos espacios. Parte de un inventario geométrico, que demuestra que en tres civilizaciones situadas en espacios-tiempo diferentes pero próximos las plazas abiertas dentro de estructuras urbanas obedecen a tres patrones diferentes:

MONNET, Jérôme: "Del urbanismo a la urbanidad: un diálogo entre geografía y arqueología sobre la ciudad". Publicado en: SANDERS, W.T., MASTACHE, A.G. & COBEAN, R.H. (eds.), *El urbanismo en Mesoamérica / Urbanism in Mesoramerica*, vol.1. México D.F.: Instituto Nacional de Antropología e Historia / The Pennsylvania State University, p.21-42.

<i>Espaciotiempo</i>	<i>Superficie mediana</i>	<i>Superficie mínima</i>	<i>Superficie máxima</i>	<i>Geometría de las plazas</i>
Pucara/Chiripa/Tiwanaku (600 A.C/1200 D.C.)	927.1 m ²	90.0 m ²	2 091.0 m ² (45x45 m.)	Cuadrada, excavada en medio de un conjunto de edificios
Chimu (900-1470 D.C.)	2 482.5 m ²	2 014.0 m ²	11 200.0 m ² (140x80 m.)	Cuadrada/rectangular, encerrada dentro de una construcción importante
Inka (1430-1530 D.C.)	80 977.5 m ²	6 318.0 m ²	202 390.0 m ² (500x400 m.)	Rectangular, abierta, en el centro del espacio urbano

Tomado de Moore 1999, pp. 43-44.

Gracias a las caracterizaciones de estos tres patrones físicos, el autor puede analizar luego sus determinantes funcionales, es decir, los que autorizan o no a los usuarios humanos del espacio:

- ¿Las dimensiones y los acceso permiten la reunión de un gran número de personas?
- ¿Las distancias y las disposiciones permiten ver la expresión de un rostro, los detalles de un vestido o los gestos de un individuo, o escuchar la voz de un orador?
- ¿Las dimensiones no permiten percibir más que los movimientos de la muchedumbre y de coros colectivos?

Antes de siquiera preguntarse sobre las funciones sociales reales de los lugares, la atención que se ha dado a las estructuras permite acercarse de su funcionalidad virtual y por ende de su eventual diferenciación.

I.6 Jerarquías

Todas las discontinuidades espaciales señaladas, sea de densidad, de estructura o de función, se inscriben en un marco relativo que implica relaciones caracterizadas espacialmente. Se puede hablar de discontinuidad jerárquica cuando se hace corresponder dos espacios en la modalidad "más/menos". Este espacio es "más" o "menos" denso, alto, grande, cerrado, etc., que este otro. Este tipo de relación sitúa los espacios en escalas relativas pero precisas, que jerarquizan a las estructuras en relación mutua. Partiendo del análisis geográfico de las ciudades contemporáneas se puede enunciar una serie de jerarquías identificatorias de los espacios urbanos, caracterizados por construcciones o estructuras más densas y diversificadas, algunas más grandes o más altas que las otras. Las jerarquías pueden combinarse para identificar sitios caracterizados por la concentración de estructuras "más", sitios donde se excluyen mutuamente y sitios donde están ausentes.

En cierta forma, es el establecimiento de jerarquías en el espacio el que permite al investigador dilucidar la espinosa cuestión de los límites del objeto estudiado: es posible discutir la elección de una variable para definir la discontinuidad más adecuada para el estudio. Retomando el ejemplo de Tenochtitlan, cuando el que se guarda es el criterio del volumen de las estructuras, la discontinuidad mayor distinguirá los recintos ceremoniales de su entorno urbano-agrícola; cuando el criterio seleccionado es el de la variación estructural, lo hará el límite entre chinampas y milpas en las laderas; es entonces el conjunto de la cuenca lacustre el que hay que considerar como unidad

geográfica. Una u otra selección remite al investigador a sus propias jerarquías, según que privilegie el estudio de los fundamentos económicos o religiosos de la sociedad urbana.

Como vemos, el curso de la reflexión nos lleva a cruzar un límite por nuestra parte, el que habíamos artificialmente levantado entre la ciudad física y la ciudad social. En realidad, el ejercicio de la descripción factual de las propiedades geométricas de los espacios estudiados va generalmente acompañado de la formulación de hipótesis sobre las realidades sociales que materializan. Por tal razón examinaremos a continuación el contenido social o el sentido posible de las variables espaciales propuestas.

II. LA URBANIDAD: UNA APROXIMACION A LA REALIDAD SOCIOESPACIAL

La realidad de la ciudad no está en sus formas sino en las prácticas de los habitantes. Un postulado fundamental tanto de la geografía urbana como de la arqueología es que los usos sociales "informan" los espacios, definiendo, limitando, ordenando y adaptandolos continuamente (Monnet 1993). En consecuencia, nuestro objetivo debe ser, partiendo de la descripción y del análisis metódico de las formas materiales, que los artefactos espacializados expresen algo de las intenciones y prácticas de los actores sociales quienes fueron sus productores.

II.1 La representación social de la discontinuidad

Si tomamos el punto de vista del sujeto, no podremos hablar de ciudad ni de urbanismo más que si estas nociones son operantes para él. Abundan ejemplos de no identificación de un espacio urbano o de negación del carácter urbano de un espacio en base a la enajenación entre el observador y el OSEI: al igual de los Griegos o Romanos antiguos que no concebían la existencia de formas urbanas distintas a las suyas, las sociedades contemporáneas suelen negar la calidad de ciudad a objetos que les parecen demasiado alejados de su propio concepto (*cf.* Los Angeles o Managua, calificadas como "no ciudades").

El análisis del discurso y las disciplinas que se interesan en las representaciones sociales (*cf.* Jodelet 1991 para psicología y sociología; Bailly 1984, 1985, Bailly *et alii* 1992 para la geografía) nos muestran que la identificación conceptual de la ciudad no se funda más que muy parcialmente en criterios geométricos y en datos objetivos: "estar en la ciudad", "vivir en la ciudad", "amar o detestar la ciudad" remiten a complejas imagerías en torno a las relaciones humanas. Paul Claval (1981, p.28) dice que "la ciudad es fundamentalmente una organización del espacio destinada a maximizar las interacciones más diversas" (mi traducción). El espacio urbano conserva las huellas materiales, que podemos observar, de estas relaciones sociales que lo instrumentalizan. A esto se debe que a la dimensión social de la ciudad le dé yo el nombre de "*urbanidad*", que resume las relaciones que las personas sostienen entre sí por intermediación del espacio urbano (Monnet 2000). Pero como la urbanidad y la ciudad están esencialmente contenidas en las relaciones, es necesario

determinar siempre si los miembros de una sociedad dada tienen conciencia de la existencia de un OSEI como la ciudad.

Para abordar esta conciencia social nuestro instrumento clave es identificar las representaciones de la ciudad: hay que hacer corresponder una representación social específica con el objeto espacial identificado por una discontinuidad material. Así, desde el momento en que tenemos acceso al discurso verbal de un sujeto con el que la distancia cultural no sea demasiado grande, la identificación con la palabra genérica "ciudad" es determinante, más allá del nombre propio que pueda darse al lugar. La existencia de una palabra que corresponde a una categoría específica de espacio crea una discontinuidad mayor en el seno de espacios no identificados.

Ocurre lo mismo en el caso de las representaciones gráficas, como los mapas, los dibujos o las maquetas. Se reconoce con precisión un documento cartográfico por estas técnicas que permiten clasificar los espacios con implantaciones puntuadas, lineales o areolarias, y que identifican lugares específicos con símbolos, estructuras diferentes o nombres (*cf.* la Tabla de Peutinger, los códigos mesoamericanos, etc. Pelletier 1998). Las representaciones de paisajes identifican los espacios urbanos con las diferencias en los perfiles de las estructuras. Las maquetas confinan un espacio al seleccionar las características geométricas que lo hacen notorio: así, por ejemplo, en el sitio de Plazuelas (Guanajuato) las rocas fueron talladas para representar decenas de conjuntos ceremoniales, plataformas y pirámides diferentes.

Parece, pues, que es tan fácil establecer la existencia de una discontinuidad espacial como la de su representación social. El problema está en saber qué sentido darles: no porque un lugar tenga propiedades específicas y un nombre sabremos si la categoría social que lo engloba corresponde a la categoría "ciudad" que utilizamos. Ya en el campo de las lenguas europeas existe una diversidad lingüística que ilustra parcialmente el complejo semántico en que se inscribe nuestra experiencia de la ciudad (Monnet 1996b): raíces griega (*polis*), latinas (*urbs*, *civis*, *villa*, *burgus*, *status* para el alemán *Stadt*), celta (para *town*). Nos apoyamos en esta diversidad para continuar creando términos destinados a designar nuevas realidades para las que las viejas palabras no parecen ser ya correctas: metrópolis, megalópolis, megápolis, "metápolis", conurbación, aglomeración, etcétera.

La cosa se complica cuando la distancia cultural se incrementa en el tiempo o el espacio: ¿hasta qué punto podemos hacer corresponder a nuestro concepto de "ciudad" los conceptos nahua de *altépetl* o chino de *chengshi*? Para los nahuas, el difrasismo *atl-tépetl* ("agua-montaña") permitía designar la ciudad o aglomeración; más específicamente, a la ciudad material o monumental se le llamaba *tetl-cuáhuitl*, "piedra-madera"; los otomíes y los totonacas empleaban difrasismos similares (Dehouve 1997). Por su parte, también la expresión china que se traduce por "ciudad" se forma a partir del difrasismo "muralla-mercado", *cheng-shi* (Berque 1998, p. 106). Se podrían multiplicar los ejemplos que ilustran el adagio "traductor = traidor" respecto a la pertinencia de la traducción del concepto de ciudad de un idioma a otro o de una época a otra. No obstante, hay también estructuras regulares en la relación que las palabras guardan con el OSEI urbano en distintas lenguas:

- a) *la elevación*: esta discontinuidad está señalada en el alemán *Berg*, en el mixteco *yucu* o *yoco* (Dehouve 1997) o en el náhuatl que asocia a la ciudad con la montaña;
- b) *el confinamiento*: esta discontinuidad aparece en chino y en el latín *urbs/orbs* (circulo, recinto) o *burgus* (fortificación), el celta *dun* (recinto), el español *casco*;
- c) *la regulación de las relaciones sociales*: esta función se manifiesta en las raíces *polis* y *civis*, en el alemán *Stadt*, en la designación de la ciudad real nahua (*tlatocáyotl*, la sede del *tlatoani*; *cf.* Dehouve 1997).

Encontramos, así, socialmente identificadas y representadas las discontinuidades materialmente observables, en las estructuras (cuya altura y confinamiento se distinguen en el horizonte) y en las funciones (que ponen en comunicación a un gran número de personas e intereses diferentes), que remiten a las relaciones entre los seres mediante los espacios.

II.2 Relaciones, especializaciones y vida común

La relatividad de los espacios conduce a las sociedades humanas a organizar dispositivos espaciales de control de las relaciones, para impedirlos (muros, taludes, fosos) o para propiciarlos (caminos, puentes, puertas, plazas). Estas relaciones pueden ser de intercambio, de dependencia, de subordinación, de admiración, de temor, etc. En la ciudad solemos encontrar una combinación de dispositivos de control. Las discontinuidades entre la ciudad y su entorno inmediato, o en el seno del espacio urbano, pueden verse reforzadas por la elección de una topografía específica (relieve, isla) o la creación de un dispositivo particular (murallas), pero en este caso los dispositivos de acceso son muy marcados (calzadas, escaleras, puertas). Internamente, la definición material neta o imprecisa de los espacios abiertos y cerrados van de la mano. Mientras más clara sea su definición más fácil será identificar los espacios de relación que coadyuvan a la comunicación: puertas y pasajes que dan acceso a los espacios cerrados, vías que permiten la circulación entre los espacios cerrados, plazas que autorizan la reunión de personas, tribunas y plataformas que sostienen una comunicación visual y auditiva entre una escena y su público.

Las relaciones que alimentan los espacios diferenciados unos de otros implican la especialización recíproca de estos espacios: por ejemplo, la diferenciación (o indiferenciación) tanto conceptual como material de las esferas de lo público y lo privado. Determinados espacios son especializados justamente en lo que tiene que ver con las relaciones, como los dispositivos de acceso que ponen en contacto espacios diferentes. Otros espacios permiten poner en contacto a los individuos (plazas, salas de reunión, mercados, comercios) fuera de las esferas de la intimidad o de la producción. Estas especializaciones crean las formas específicas que podemos observar. De la misma manera, cuando podemos constatar una especialización estructural o funcional de un espacio, ello implica necesariamente la relación con otros espacios especializados que podemos clasificar según nuestros conceptos contemporáneos de diferentes modos, no exclusivos unos de otros:

- abastecimiento/producción/venta/consumo
- privado/público
- alojamiento/trabajo/diversión
- económico/político/religioso, etcétera.

El espacio urbano se caracteriza por la gran diversidad de especializaciones observables. Postulamos que, mientras más densamente poblado esté un espacio, más numerosas y variadas serán las relaciones entre las personas y los lugares, y más especializadas. A la densidad de las estructuras construidas corresponde una densidad de población, y ambas tienen implicaciones sociales. La densidad implica tanto la heterogeneidad de los espacios especializados y de las funciones como la de los ciudadanos. Implica la multiplicación de las interacciones posibles entre sujetos o intereses diferentes.

Como todas estas interacciones y relaciones no pueden ser manejadas exclusivamente en una modalidad interpersonal, la densidad de los espacios urbanos conduce a una despersonalización y una institucionalización de las regulaciones sociales, económicas y políticas. Las especializaciones funcionales desembocan en una fuerte interdependencia entre todos los componentes y los espacios en los que se inscribe la ciudad; esta interdependencia obliga a su vez a desarrollar un sistema de regulación de las relaciones que produce sus propios espacios especializados en la ciudad (autoridades judiciales, policíacas, monetarias, religiosas, mediáticas, etc.) El espacio urbano aparece así como un instrumento sofisticado de la gestión de la capacidad de "vivir juntos" de una sociedad compleja.

Uno de los instrumentos conceptuales y espaciales de esta gestión es la *segregación*. Esta "política" se puede observar desde sitios arqueológicos donde aparecen espacios especializados, hasta el urbanismo funcionalista del siglo XX, que preconiza la separación de las actividades por zonas, pasando por los diferentes tipos de apartheid instaurado entre Repúblicas de Indios y Españoles en la América colonial o entre negros y blancos en Estados Unidos o en África del sur. La segregación pretende manejar la heterogeneidad creando espacios diferenciados por su especialidad, regulando a la vez las relaciones entre ellos: algunas comunicaciones y circulaciones son previstas y autorizadas y otras controladas o prohibidas; se asignan a las personas y a las funciones derechos, deberes y lugares específicos.

Así, con el aparato espacial de la especialización funcional es posible imaginar la estructura del sistema de regulación social que ha dado nacimiento a las formas materiales.

II.3 Las centralidades urbanas: escalas y funciones

En comparación con otros espacios con los cuales está en relación, la ciudad es el sitio identificado por el intercambio económico (mercado), la comunión simbólica (templo), la protección (plaza fuerte) y/o el poder/contrapoder (palacios, franquicias, manifestaciones). Se caracteriza por la *concentración* de estas funciones y por su articulación en el interior del espacio urbano. Éste es, pues, más denso y más complejo y materializa en mayor medida las relaciones que otros espacios. Esta diferencia jerárquica se manifiesta a la vez en la importancia de los edificios urbanos (más sólidos, más decorados, más extendidos y más altos) que da lugar a una centralidad tanto geométrica como simbólica (Monnet 2000c) en diferentes escalas: en el interior del espacio urbano, en relación con la región circundante, y en las relaciones que se guardan a distancia con otras ciudades o regiones. El reconocimiento y la instrumentación de la centralidad por la sociedad local aparece a través de la concordancia de jerarquías: por ejemplo cuando el edificio más grande está ubicado en la plataforma más alta, en el centro geométrico, y contiene la decoración más elaborada, el mobiliario más rico, los vehículos más caros, etcétera.

Retomando nuestras variables iniciales para estudiar la centralidad urbana, recordaremos que la ciudad es una *concentración* de edificios y personas, vías de circulación y medios de comunicación, bienes y actividades, informaciones e intereses. La relatividad de este espacio en cuanto a otros espacios en su entorno próximo o lejano hace de él un *centro* más o menos importante en comparación con su periferia y con otros centros. Debido a su complejidad funcional, su estructura interna estará siempre jerarquizada según un modelo *monocéntrico* (donde un espacio monopoliza las funciones centrales: cf. la Plaza Mayor de la ciudad colonial española, o el recinto ceremonial de Teotihuacan o Tenochtitlan) o *policéntrico* (cuando las centralidades especializadas

MONNET, Jérôme: "Del urbanismo a la urbanidad: un diálogo entre geografía y arqueología sobre la ciudad". Publicado en: SANDERS, W.T., MASTACHE, A.G. & COBEAN, R.H. (eds.), *El urbanismo en Mesoamérica / Urbanism in Mesoramerica*, vol.1. México D.F.: Instituto Nacional de Antropología e Historia / The Pennsylvania State University, p.21-42.

se dispersan por la ciudad; cf. la bipolaridad de Los Ángeles). Para ilustrar cómo se presenta y evoluciona la centralidad en un espacio urbano tomaremos el ejemplo de México y Los Ángeles:

	<i>Ciudad de México</i>	<i>Los Ángeles</i>
<i>Centro de la ciudad</i>	Sí: pero compuesto	Los medios y algunos geógrafos niegan que exista, pero es real (<i>Downtown</i>)
<i>Centro histórico</i>	Sí: reconocido oficialmente (zona de monumentos históricos del CHCM)	No: existe un pequeño distrito histórico "El Pueblo", junto al centro cívico
<i>Centro político-administrativo</i>	Sí: en el pasado (Zócalo); hoy se ha dispersado, la administración presidencial se trasladó a Los Pinos y varios ministerios al sur del D.F.	Sí: centro cívico (<i>Civic Center</i>); concentración de todas las administraciones importantes
<i>Centro de negocios</i>	Sí: Reforma-Zona Rosa; se está dispersando hacia el oeste (Polanco, Las Lomas y a lo largo de los ejes norte-sur (Insurgentes, Periférico)	Sí: <i>Central Business District</i> (CBD), en competencia con los distritos de negocio secundarios (Westside, Pasadena/Glendale/Burbank) y las zonas de actividad de las <i>edge-cities</i> (Orange County)
<i>Centro comercial</i>	Tradicionalmente, el CH junto con sus barrios periféricos (Tepito, La Merced, Zona Rosa); compiten con él los desarrollos comerciales del sur y el oeste (central de abastos de Iztapalapa, plazas comerciales integradas)	<i>Downtown</i> , solamente para las categorías pobres y las minorías étnicas. Red de centros comerciales integrados (malls) por toda la metrópoli
<i>Centro de entretenimiento nocturno</i>	Tradicionalmente: Garibaldi y la Zona Rosa; fuerte dispersión hacia el oeste y sur	Tradicionalmente: Hollywood
<i>Centro de entretenimiento dominical</i>	Tradicionalmente: La Alameda Central y el bosque de Chapultepec	Tradicionalmente: las playas del Pacífico (Westside)
<i>Centro religioso</i>	Bipolaridad: Catedral Metropolitana y Villa de Guadalupe	No: el distrito histórico "El Pueblo" reúne exclusivamente a los mexicanos en la iglesia de "La Placita"
<i>Centro de medios masivos de comunicación</i>	No: antiguamente la mayoría de los grandes diarios se encontraba en los alrededores de Bucareli	Tradicionalmente: Hollywood
<i>Centro del mundo científico y académico</i>	Se desplazó del centro histórico de la ciudad hacia el sur, con la construcción del campus de la UNAM, alrededor del cual se encuentran la mayoría de los desarrollos de los últimos 50 años	No (concentración relativa en el Westside)
<i>Síntesis</i>	Evolución de una fuerte monocentralidad hacia una policentralidad jerarquizada alrededor de un centro principal, preciso y desdoblado (centro histórico/centro de negocios) y de un centro secundario impreciso (cuyo eje es Insurgentes Sur, hasta Coyoacán y Tlalpan)	Bipolaridad antigua que contrapone el <i>Downtown</i> (con el Centro Cívico, el CBD y el distrito histórico) y el Westside (universidades, medios, entretenimiento); entre los dos aparece un eje de estructuración de la centralidad metropolitana

Como vemos gracias a estos ejemplos, el análisis de la centralidad urbana conlleva siempre precisar dos dimensiones: ¿de qué centralidad especializada estamos hablando, y en qué escala la estamos considerando? Si retomamos el ejemplo de Los Ángeles, las fuentes suelen reconocer varios centros en la ciudad, como *Downtown*, Hollywood y el Westside (de Westwood a Santa

Mónica). Sin embargo, es posible considerar que se trata de barrios especializados de un gran centro de la ciudad que funciona para toda la megápolis, de la misma manera que en la Ciudad de México el centro histórico y el área Reforma-Zona Rosa constituyen dos vertientes de un centro único. El ejercicio de subdivisión, o de asociación, depende de la escala que le parezca más pertinente al investigador. Así, la actual zona monumental de Teotihuacan, visitada por los turistas, puede ser considerada como un espacio urbano diversificado, con subconjuntos especializados también y más o menos centrales, o como un vasto centro para un espacio urbano mayor. De su lado, ¿es la "acrópolis" de Monte Albán, en Oaxaca, una ciudad, o el centro de una ciudad?

Precisamente para responder a cuestiones como ésta resulta interesante seguir el programa "Urbanismo en Mesoamérica" que nos da hoy la oportunidad de hacer que arqueólogos y geógrafos colaboren, así como otros especialistas de las ciencias sociales.

CONCLUSIÓN: LA DINÁMICA URBANA Y LA CUESTIÓN DE LA INTENCIONALIDAD

El espacio urbano se inscribe en una temporalidad duradera: los múltiples procesos que trajimos aquí a colación se producen y concentran en un espacio dado en el curso de largos periodos, cosa que hace de la ciudad una acumulación material imponente cuyas huellas pueden perdurar milenios después de la desaparición del complejo social local que la produjo.

Pero esta "cáscara" material no debe hacernos considerar a la ciudad como algo inerte (como puede serlo un vestigio arqueológico) ni como un estado estable. Se trata de un sistema dinámico, en relación con otros sistemas dinámicos. El OSEI urbano es evolutivo, sus límites cambian en el espacio según diferentes factores, y puede llegar a desplazarse (Musset 2002). La observación del espacio material nos permite reconstruir, cuando menos parcialmente, los procesos de transformación que están en juego: superposición, restauración (mantenimiento de la forma), rehabilitación (modificación de la forma), renovación (reemplazo completo de la forma), reconversión funcional, desconstrucción/reconstrucción progresiva o brutal, etcétera (*Trace* n°43, 2003).

Estos procesos nos llevan a preguntarnos sobre la intencionalidad de los actores (Huot 1988), y la coherencia que resulta del conjunto de sus acciones. Ya se trate del producto de una voluntad consciente, o no, toda ciudad es una representación del mundo en el que viven los constructores, como bellamente ha dicho Italo Calvino (1972). Los "mundos" de los que hablamos aquí, como la ciudad, son realidades tanto objetivas como subjetivas, tanto materiales como imaginarias: la ciudad ofrece así una imagen, materializada en el espacio, de una visión del mundo (Monnet 1999a & 2000a, Nicolet *et alii* 2000). A veces, esta dimensión cosmológica es manifiestamente voluntaria, como en el caso de las ciudades precolombinas, babilonias o chinas que concretan el ordenamiento del universo. En cierta forma, las ciudades de la Antigüedad griega o de las colonias españolas, con su regularidad geométrica y el rigor teórico de sus segregaciones funcionales, al igual que las "ciudades nuevas" del movimiento moderno del siglo XX, poseen este carácter cosmogónico donde se espera del urbanismo no solamente que refleje el orden del universo sino que lo cree. Pero, ¿no ocurre lo mismo con las megápolis contemporáneas, a las que se acusa de caos social y espacial? ¿Constituyen algo que no sea un modelo reducido del mundo contemporáneo? Ellas concentran todas las riquezas y todas las miserias de las que nuestro mundo globalizado es capaz; ellas materializan todos los modos de vivir.

MONNET, Jérôme: "Del urbanismo a la urbanidad: un diálogo entre geografía y arqueología sobre la ciudad". Publicado en: SANDERS, W.T., MASTACHE, A.G. & COBEAN, R.H. (eds.), *El urbanismo en Mesoamérica / Urbanism in Mesoramerica*, vol.1. México D.F.: Instituto Nacional de Antropología e Historia / The Pennsylvania State University, p.21-42.

Es importante cerrar preguntándonos sobre las fuerzas que regulan la producción del espacio urbano. A veces, si tomamos los ejemplos de Teotihuacan, Washington o Brasilia, podríamos pensar que es fácil comprender estas ciudades cuya materialidad parece enteramente surgida de una poderosa voluntad organizadora; y a la inversa, las aglomeraciones menos rigurosamente planificadas parecen escapar a toda comprensión y toda voluntad. Pero no olvidemos que la verdad de la ciudad está en el gesto de sus usuarios, y no en su plan: cada uso social del espacio obedece a lógicas culturales, aun si la heterogeneidad intrínseca de la ciudad hace difícil percibir estas lógicas. ¿Acaso la calzada central de Teotihuacan no parecía un caos social cuando era utilizada por la multitud de sus usuarios? ¿Qué parte juega la especulación inmobiliaria, fundada en el valor culturalmente establecido de lo que es deseable, bello o benéfico, en la producción de los "monumentos"? ¿Cómo se combinan en la dinámica del espacio urbano las fuerzas del mercado, el impacto de los medios, la gestión del bien público –para emplear categorías contemporáneas? Al tratar de responder a preguntas de esta índole, el estudio del urbanismo en Mesoamérica tomará su verdadera dimensión de ciencia social.

Referencias bibliográficas

ARNAULD, Marie-Charlotte (1986). *Archéologie de l'habitat en Alta Verapaz (Guatemala)*. México D.F.: Centre d'Etudes Mexicaines et Centraméricaines (CEMCA), 480 p.

BERQUE, Augustin :

(1990). *Médiance. De milieux en paysages*. Montpellier : Reclus, 163 p. (Géographiques).

(1996). *Être humains sur la terre. Principes d'éthique de l'écoumène*. Paris : Gallimard/Le débat, 212 p.

(1998). "Du rituel des Zhou à Tokyo. Le fantasma de la ville idéale en Asie orientale". In: EVENO, Emmanuel (éd.). *Utopies urbaines*. Toulouse: Presses universitaires du Mirail (Villes et territoires), p.105-114.

BAILLY, Antoine S.:

(1984). "La géographie des représentations: espaces vécus et espaces perçus", in: Bailly (Antoine) dir., *Les concepts de la géographie humaine*, Paris: Masson, p.133-138.

(1985). « Distances et espaces : vingt ans de géographie des représentations ». *L'Espace géographique*, n°3-1985 p.197-205.

BAILLY, Antoine & SCARIATI, Renato (1990), éd. *L'humanisme en géographie*, Paris-Genève : Anthropos-Economica, 172 p.

BAILLY, Antoine, FERRAS, Robert, & PUMAIN, Denise (1992), dir. *Encyclopédie de géographie*. Paris: Economica, 1132 p.

BRUNET, Roger, FERRAS, Robert & Théry, Hervé (1992). *Les mots de la géographie. Dictionnaire critique*. Montpellier/Paris: Reclus / La Documentation Française, 470 p.

CALVINO, Italo (1972). *Les villes invisibles*. Paris: Seuil, 1987, 192 p. (Points roman; ed. original en italiano, 1972).

CLAVAL, Paul :

(1981). *La logique des villes. Essai d'urbanologie*. Paris : Litec.

MONNET, Jérôme: "Del urbanismo a la urbanidad: un diálogo entre geografía y arqueología sobre la ciudad". Publicado en: SANDERS, W.T., MASTACHE, A.G. & COBEAN, R.H. (eds.), *El urbanismo en Mesoamérica / Urbanism in Mesoamerica*, vol.1. México D.F.: Instituto Nacional de Antropología e Historia / The Pennsylvania State University, p.21-42.

(1995a). *La géographie culturelle*. Paris: Nathan, 384 p. (Fac. Géographie).

(1995b). *Histoire de la géographie*. Paris: PUF, 128 p. (Que sais-je?).

DARRAS, Véronique (1998), coord. *Génesis, culturas y espacios en Michoacán*. México D.F. : Centre Français d'Etudes Mexicaines et Centraméricaines (CEMCA), 142 p.

DEHOUE, Danièle (1997). « La cité-état des anciens Mexicains », *Villes en parallèle* n°25, p.59-77.

HALL, Edward T (1966). *La dimension cachée*. Paris: Le Seuil, 1996, 256 p. (ed. original en inglés: 1966).

HOUDE, Olivier & alii (1998). *Vocabulaire de sciences cognitives. Neurosciences, psychologie, intelligence artificielle, linguistique et philosophie*. Paris: PUF, 418 p. (Psychologie et science de la pensée).

HUOT, Jean-Louis (1988). *La ville neuve, une idée de l'Antiquité?* Paris : éditions Errance (Les cahiers du groupe scientifique Terrains et Théories et archéologie n°1, CNRS/Université de Paris-1), 269 p.

JODELET, Denise (1991), dir. *Les représentations sociales*. Paris : PUF, 424 p. (Sociologie d'aujourd'hui).

L'Espace Géographique n°4-1981 : Numéro spécial « L'approche culturelle en géographie ».

MICHELET, Dominique (1992), coord. *El proyecto Michoacán 1983-1987. Medio ambiente e introducción a los trabajos arqueológicos*. México D.F. : Centre d'Etudes Mexicaines et Centraméricaines (CEMCA), 197 p.

MONNET, Jérôme :

(1993). *La ville et son double. La parabole de Mexico*. Paris : Nathan (Essais & recherches), 224 p. [Adaptación en castellano : *Usos e imágenes del Centro Histórico de la ciudad de México*. México D.F. : DDF/CEMCA, 1995, 372 p.].

(1996a), dir. *Espace, temps et pouvoir dans le Nouveau Monde*. Paris : Anthropos-Economica, 460 p.

(1996b). « Urbain, civil et poli. La matrice terminologique de nos réflexions sur la ville ». *Les Annales de la Recherche Urbaine* n°72, p.157-160 (Paris).

(1999a), dir. *La ville et le pouvoir en Amérique : les formes de l'autorité*. Paris : L'Harmattan (Géographie et cultures), 190 p.

(1999b). "Las escalas de la representación y el manejo del territorio/ Les échelles de la représentation et de l'aménagement du territoire". In : NATES, Beatriz (comp.), *Territorio y cultura: del campo a la ciudad. Últimas tendencias en teoría y método. Memorias del Primer Seminario Internacional sobre Territorio y Cultura*. Quito/ Manizales (Colombia): Alianza Francesa de Manizales/ Universidad de Caldas, Departamento de Antropología y Sociología, p.109-141.

(2000a), dir. *L'urbanisme dans les Amériques. Modèles de ville et modèles de société*. Paris : Karthala, 205 p.

(2000b). "La ville comme OSSI (Objet Socio-Spatial Identifiable). Les catégories de l'expérience et de la connaissance de l'espace urbain". In : MONNET, Jérôme & CAPRON, Guénola (coord.), *L'urbanité dans les Amériques. Les processus d'identification socio-spatiale*. Toulouse : Presses universitaires du Mirail (Villes & territoires), 2000, p.19-39 [traducido en español en la Revista del departamento de antropología y sociología de la Universidad de Caldas (Colombia), *Virajes*, n°4 vol.1, 2002, p.6-21.]

(2000c). « Les dimensions symboliques de la centralité ». *Cahiers de géographie du Québec*, vol. 44, n°123, p.399-418 [en línea : www.fl.ulaval.ca/geo/cgq/textes/vol_44/no_123/07-Monnet_Dimensions.pdf].

MOORE, Jerry D. (1999). « La place dans les Andes anciennes. Le contrôle des espaces ouverts dans les villes précolombiennes ». In : Monnet 1999a, p.35-50.

MONNET, Jérôme: "Del urbanismo a la urbanidad: un dialogo entre geografía y arqueología sobre la ciudad". Publicado en: SANDERS, W.T., MASTACHE, A.G. & COBEAN, R.H. (eds.), *El urbanismo en Mesoamerica / Urbanism in Mesoramerica*, vol.1. México D.F.: Instituto Nacional de Antropología e Historia / The Pennsylvania State University, p.21-42.

MUSSET, Alain (2002). *Villes nomades du Nouveau Monde*. Paris : éditions de l'Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, 398 p.

NICOLET, Claude, ILBERT, Robert & DEPAULE, Jean-Charles (2000), dirs. *Mégapoles méditerranéennes. Géographie urbaine rétrospective*. Paris : Maisonneuve et Larose (L'atelier méditerranéen), 1072 p.

PELLETIER, Monique (1998), dir. *Couleurs de la Terre: des mappemondes médiévales aux images satellitales*. Paris: Seuil/Bibliothèque nationale de France (catalogue d'exposition), 176 p.

PEZEU-MASSABUAU, Jacques (1993). *La Maison. Espace réglé, espace rêvé*. Montpellier: Reclus, 154 p. (Géographiques).

SCHNAPP, Alain (1993). *La conquête du passé. Aux origines de l'archéologie*. Paris: éditions Carré, 384 p.

STASZAK, Jean-François (1997). « Dans quel monde vivons nous ? Géographie, phénoménologie et ethnométhodologie ». In : STASZAK, Jean-François (dir). *Les discours du géographe*. Paris : L'Harmattan, 281 p. (Géographie et cultures).

TOULMIN, Stephen (1990). *Cosmopolis. The Hidden Agenda of Modernity*. Chicago : The University of Chicago Press, 228 p.

Trace n°43 (2003). "Abandono de asentamientos prehispánicos e hispánicos", número coordinado por Véronique DARRAS. México D.F.: Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 137 p.

TUAN, Yi-Fu (1977). *Space and Place : the perspective of experience*. Minneapolis : The University of Minnesota Press.